



María, modelo del discípulo, según Lucas¹

M. Carmen Román Martínez, O.P.

Lucas, es el evangelista que mejor ha hecho un retrato de María de Nazaret. Es el autor del tercer evangelio quién más ha resaltado en su obra el protagonismo de las mujeres. Protagonismo que alcanza su máxima expresión en la figura y presencia de María. Ella es modelo del discípulo que ha de recorrer su camino, acogiendo la salvación y asociándolo al de su hijo. María protagonista de la Historia de la salvación tiene dentro del evangelio de Lucas un papel fundamental como discípula del Señor.

De la sorpresa a la aceptación: ¿Cómo será esto?

María es una discípula, no en el sentido de que acompañara a Jesús durante su ministerio público, sino en el sentido existencial: alguien que escucha la Palabra de Dios y obra de acuerdo a ella. Así aparece en la Anunciación, como aquella que escucha y pone en práctica la Palabra de Dios. Lucas hace de María el personaje central. En la escena combina dos formas de la narrativa bíblica: el anuncio de un nacimiento y la vocación de un profeta. Ambos tipos de relato siguen una estructura literaria parecida. En primer lugar, aparece el saludo del ángel o de un mensajero celestial, a continuación, viene la reacción de temor por parte del destinatario, a la que sigue una palabra de ánimo. En tercer lugar, se encuentra el anuncio en sí, que pone de manifiesto las intenciones de Dios. En un cuarto momento, la persona a la que va dirigido el anuncio pone sus objeciones, y finalmente, el relato termina con un signo del poder divino que da seguridad a la persona.

Aún sin tener título relevante María es objeto de una mirada especial. Dios le envía su ángel apocalíptico, aquel que anuncia las decisiones últimas de Dios respecto al futuro de la historia: *“yo soy Gabriel, el que está delante de Dios”* (Lc 1,19a). El saludo de este mensajero *“Alégrate”* recuerda algunos textos veterotestamentarios que contienen esta palabra y exhortan a la alegría escatológica (Cf Is 6,10; Jl 2,21-23; Zac 10,7). Por eso, María *“se preguntaba qué significaría aquel saludo”* (Lc 1,29). El *“alégrate”* encabeza el anuncio de la Buena noticia que se extenderá por todo el mundo. Según Lucas, la alegría es la respuesta a esa buena noticia que trae la salvación, a la irrupción de una nueva vida, a ese proyecto transformador de Dios. María es la agraciada, ella ha encontrado gracia ante Dios y tiene ante sí un futuro desconcertante: *concebirás*. Lucas presenta a María bajo el dinamismo sorprendente de la gracia, que culmina en la maternidad virginal. El nombre de gracia va acompañado de una frase singular: *“El Señor está contigo”*. De grandes personajes se decía en Israel que *“el Señor estaba con ellos”* (Jacob, José, Moisés, Josué, Gedeón, Saúl, David, Jeremías; cf. Gn 39,3; Gn 46,3; 1Sm 18,12; Jr 1,8) sólo así pueden realizar la misión encomendada por Dios. El mensajero sitúa a María entre los grandes salvadores de Israel.

María reacciona ante las palabras y se siente sobrecogida, sorprendida. María se conmueve, se maravilla ante lo nuevo e incomprensible. Dios puede hacer cualquier regalo, superando todo lo imaginable. Gabriel ha revelado a María lo que va a acontecer en ella. Le confía una misión de parte de Dios: ser madre a través de tres acciones: *concebirás en tu seno, darás a luz un hijo, le pondrás por nombre Jesús*. El mensaje es interrumpido por una pregunta de María, situada en el centro de la perícopa: *“¿Cómo será esto pues no conozco varón?”*. Su sorpresa, no es sólo por la ausencia de varón para la concepción, sino por la imposibilidad de dar a luz a un hijo que *“se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”* (Lc 1,32-33). El ángel del Señor responde a esa pregunta, María es destinataria privilegiada de un mensaje que es buena noticia para todo el pueblo. Le es revelado de este modo el plan de amor de Dios para con ella: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra”* (Lc 1,35)

Ante este acontecimiento, la fecundidad de Isabel, que era estéril, se convierte en un signo. La Palabra de Dios se cumple, va a ver la luz. María se declara *“sierva del Señor”* como Ana, la madre de Samuel, cuando le suplicó al sacerdote Elí: *“Que tu esclava encuentre favor a tus ojos”* (1Sam 1,18). María es llamada por Dios para una misión. Ella es la discípula que desde el comienzo acoge el Misterio de su Hijo en una actitud de obediencia, disponibilidad y aceptación.

De la invitación al servicio: Se puso en camino

Tras el encuentro con el ángel, María se pone en camino con prontitud a una ciudad de Judá y entra en casa de Zacarías. María percibe la invitación a salir de sí misma, de su ciudad, a que se reconozca la noticia de ser portadora de la Gloria de Dios, de su Presencia. Lucas le da gran importancia al saludo que María dirige a Isabel (es mencionado tres veces Lc 1,40.41.44) y las reacciones que provoca: el niño salta de gozo en el seno de Isabel y ella misma queda llena del Espíritu Santo. Lo anunciado se está cumpliendo. El salto de gozo es para Lucas expresión del gozo de los tiempos mesiánicos. El saludo a Isabel responde a su condición: hija de Aarón, mujer de sacerdote y anciana. María es saludada en su nueva condición: “Bendita entre las mujeres” y “madre de mi Señor”. La proclama “bendita entre las mujeres” a causa de su fe en contraste con la incredulidad de su marido, Zacarías. El no creyó, María sí (Lc 1,20), por eso es bendita, como lo fueron en el antiguo Testamento Yael, la mujer de Jéber el quenita (Jue 5,24) y Judit (Jdt 13,18) por haber sido instrumentos de Dios.

Al llamar Isabel a María “la madre de mi Señor” (v.43) está afirmando que María es la madre de aquel a quién Dios ha constituido Señor y Mesías. Y todo esto es en cuanto a creyente, figura de una verdadera discípula. “¡Dichosa tú que has creído! Que lo que ha dicho el Señor se cumplirá” (v 45). Ser discípula implica servir al Salvador, ponerse al servicio de la palabra de vida, una vida que brota, y que es reconocida en el seno de una estéril. María es llamada también bienaventurada, dichosa por ser creyente. La fe le da la palabra y la movilidad. María es discípula y se pone al servicio de su Hijo. La voz, el saludo de María, transforma a Isabel y suscita la alegría de los últimos tiempos. Y es en este momento cuando María proclama su Magnificat.

Del lamento al canto: Ha mirado la humildad de su sierva

El Magnificat es el primero de los cuatro cantos (Magnificat, Benedictus, Gloria in excelsis, Nunc dimitis) que celebran la alegría del cumplimiento. Los encontramos todos en Lucas 1-2. Los cuatro cánticos están unidos por el tema de la alegría, del exultar de gozo por la presencia de la salvación. Se cumple aquello que había sido prometido y que Israel había esperado con intensa esperanza. El cumplirse de la salvación hace estallar el canto. Lucas pone en labios de María este cántico, tal vez viera en él reflejado los sentimientos que correspondían a la visión que tenía de ella. Al presentarla como la portavoz de la esperanza de los pobres, señala en ella la figura de la primera discípula cristiana. Se refleja también la predilección de Jesús por los pobres, por los últimos que acentúan la llegada del reino de Dios (pecadores, mujeres, samaritanos) y transforma el luto en canto (cf. Sal 29,12).

Es Yahvé el que ha hecho proezas, ha disperso a los soberbios, ha derribado a los poderosos, ha exaltado a los humildes, ha colmado de bienes a los hambrientos, ha despedido a los ricos y ha auxiliado a Israel. En el Magnificat se da una relación temporal de pasado, presente y futuro. La intervención divina celebrada por María cumple aquello que Dios había anunciado a nuestros Padres. Aquello que Dios ha cumplido en el pasado, aquello que él cumplirá en el futuro y aquello que ha comenado a obrar en María.

Lucas presenta a los pobres como aquellos que dependen en todo de Yahvé y gritan a Él su aflicción. María proclama por anticipado el Evangelio. Ella queda inserta entre los “abatidos del país”, entre los pobres. Todo lo que ha sucedido en la humilde esclava de Dios, se torna canto, alegría, se convierte en felicitación por todas las generaciones y es a su vez motivo de esperanza para el pobre, el que sufre, el que se lamenta.

De la confusión a la luz: Os anuncio una gran alegría

Después de la visitación nos dice Lucas que María volvió a su casa. El capítulo 2 se inicia con el viaje de María y José de Nazaret a Belén. De nuevo, María vuelve a tener un protagonismo singular acompañada de José. En primer lugar ambos participan de una movilización general, debido al edicto imperial ordenando que se empadronase todo el mundo. El edicto de César Augusto se convierte así en instrumento de los planes de Dios, en la circunstancia histórica que hace que Jesús vaya a nacer en la ciudad de Belén.

En el relato del nacimiento de Jesús, María asume el centro de la acción: ella es la que da a luz a su hijo primogénito, la que lo envuelve en pañales y la que lo recuesta en un pesebre porque no había lugar para ellos en el alojamiento (Lc 2,7). En una noche de gentío, algarabía y confusión no hay lugar para ellos. Esto puede resultar incluso escandaloso, Jesús nace como un pobre: el Hijo de Dios, el Santo, el Altísimo, el Rey del reino eterno no encuentra lugar. Lucas le da también una gran importancia a las dos últimas acciones de María, hasta el punto que el ángel del Señor las presenta como el signo por el que han de reconocer a Jesús los pastores. Se trata de una triple situación inicial de Jesús que se vuelve a repetir al final de su vida: expulsado de la ciudad, envuelto en una sábana y reclinado en un sepulcro.

El ángel de Dios así se lo anuncia a los pastores, que se convierten en auténticos comunicadores. Los pastores van a ver la palabra, y después de haber visto dan a conocer la palabra-acontecimiento, se convierten en testigos. La reacción de María, sin embargo, es replegarse hacia su interior: *“María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.”* (Lc 2,19). Entre los oyentes que escuchan, guardan y confrontan la palabra está María. Ella rumia la palabra en su esfuerzo por comprender el significado profundo de lo que ha vivido y lo que le han contado los pastores. María es el prototipo de discípula que no se contenta con escuchar la palabra, sino que la guarda en su corazón (Cf. Lc 2,51).

Del ocultamiento a la presencia

Durante el ministerio público de Jesús, María no es llamada por su nombre, aunque encontramos dos referencias a la madre de Jesús (8,19-21; 11,27-28). Si nos adentramos en el pensamiento teológico lucano podemos caer en la cuenta que lo que le interesa a Lucas es situar a María en cuanto símbolo del discipulado, que tiene su origen en los relatos de la infancia, durante la vida pública de Jesús y llega hasta los comienzos de la Iglesia.

“Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen”(Lc 8,19-21). La escena del encuentro de Jesús con su familia también es modificada profundamente por Lucas. El la sitúa en el contexto de la parábola del sembrador. Jesús, en este caso, no cuestiona su relación con ellos, sino que afirma que su madre y sus hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen. Ellos forman parte de la familia espiritual de Jesús porque son como la semilla que cae en tierra buena. La respuesta de Jesús no implica una renuncia a los vínculos familiares, lo que quiere decir que existe otro tipo de vinculación a su persona que trasciende los lazos familiares. La relación de discípulo de Jesús consiste en la adhesión voluntaria y libre a la palabra y persona de Jesús. Posteriormente Lucas sitúa a María entre los primeros discípulos perseverantes en la fe (Lc 11,27-28). Jesús vuelve a insistir que la auténtica bienaventuranza viene de oír la palabra de Dios y guardarla. Más que su maternidad biológica y sus relaciones maternas con Jesús, se destaca su fe y sus relaciones con Jesús como creyente.

... Y una vida en el Espíritu

Finalmente, en los Hechos de los Apóstoles, la segunda parte de la obra de Lucas, aparece también María, la madre de Jesús, en el momento fundacional de la comunidad cristiana, cuando el Espíritu la consagra para cumplir su misión: *“Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, y de María la madre de Jesús, y de sus hermanos”* (Hch 1,13-14).

María, la madre de Jesús, aparece integrada en el grupo que espera la venida del Espíritu. En él ocupa un lugar importante. Para Lucas, María no forma parte de ninguno de los tres grupos (apóstoles, mujeres, hermanos de Jesús), sino que constituye un personaje aparte. María fue coherente desde la anunciación-vocación hasta el momento constituyente de la comunidad de Jesús de cara a la historia futura. Al mismo tiempo como en la anunciación-vocación, ahora también María se ve agraciada con el Espíritu Santo, que desciende sobre ella en la comunidad. María es comunidad cristiana. María sigue presentada como la creyente, que consiente a la palabra de Dios en la fe y se deja conducir por ella en una revelación progresiva del misterio. Ella es verdadera discípula, figura del discipulado, modelo de asentimiento a la palabra de Dios, a la iniciativa divina, que se deja modelar por el Eterno. La Iglesia naciente y la Iglesia hoy se sigue mirando en ella para encontrar la respuesta al camino de la fe.

